

MI VIDA EN UN POLO FLAX

Estoy chupando un polo flax congelado (tubito alargado y estrecho de plástico conteniendo un líquido con sabor a fresa, limón, menta, naranja, cola, etcétera, de 24 x 3 cms.), y se me pasa mi vida volando; pensando cuando mi mamá, de chiquito, me dijo:

-Hijo mío, cariño, cuánto nos has hecho sufrir desde que naciste herniado, cogiendo, encima, todos los catarros habidos y por haber.

Cuando era pequeño, por correr alocadamente con el triciclo y, después, con la bici, un día me partí la cabeza y, otro, el brazo.

Con el brazo colgando, mi mamá me llevó a un curandero de Cuéllar, en Segovia. Ese mismo curandero que mi mamá me dijo curó a mi tío Maxi de un dolor de cabeza y su locura, recetándole el remedio de que sólo se curaría si a las cinco de la tarde de todos los días, incluidos sábados y domingos, durante un par de meses, se subía a la copa de un pino de Chañe, de donde era originaria su familia, y se comía un bocadillo de tortilla francesa hecha con dos huevos.

Ya hecho un pardal o chaval, mis padres me llevaban a misa todos los domingos, encaprichándome yo de ser monaguillo, pues me encantaba eso de encender y apagar velas y cirios, ayudar al cura con las vinajeras, y tocar la campanilla al alzar la hostia y el vino.

Pero, lo que más me gustaba era que, cuando el cura se marchaba de la sacristía para ir a confesar beatas, yo y otros críos comíamos de las hostias sin consagrar y nos bebíamos el vino de misa, pensando en que nos convertiríamos en murciélagos o vampiros porque bebíamos la sangre de Cristo.

Además, fumaríamos colillas de cigarros como ese murciélago al que hacía fumar “el Sinforiano”, un chico del pueblo, más duro de mollera que un arado, quien siempre llevaba la picha afuera de su bragueta y, a veces, tiesa, que, por eso, se le conocía, también, como “picha brava”.

Más tarde, mis padres, por necesidad, y porque no había otra salida, me llevaron al Seminario Conciliar. Allí, entre rezos y oraciones, la Biblia y el Cantoral Litúrgico Nacional, el griego y el latín, las Ciencias Naturales, la Enciclopedia, la Religión, la Geografía Universal, las cuatro reglas, agradeciéndole al Señor lo bonita que me había hecho la picha, le pedía, al mismo tiempo, perdón porque le

hacía mucho mal obligándola, al frotar, a arrojar mucha leche, lo que gratamente me excitaba, me hacía levitar y ver a Dios.

-Ten piedad, Señor, ten piedad. Ten piedad, señor, ten piedad.

-Me acerqué a ti creyendo que te encontraría. En tu mundo espiritual hallé la desilusión. Sólo encontré la felicidad al frotar mi picha.

-Sé que he pecado. Señor, he pecado. He pecado contra ti porque no te he hallado, pues sólo eres ceniza en la cuaresmal cabeza.

-Lo siento mucho. He encontrado la felicidad y el amor en mi propia picha, Señor.

Después, ya más mayorcito, hecho un chavalote, me salí del Seminario siguiendo el mensaje que me indicó un querubín más feo que un demonio, quien, en unos ejercicios espirituales por Semana Santa, se me apareció diciéndome:

-Chavalote, no creas en las sandeces y tonterías del Amado. Sólo son bobadas y embustes para enriquecer al clero, y echarle sal al coño de las beatas y esposas de Dios. Vete del Seminario y ponte a buscar la cagada del lagarto, si quieres llegar a ser algo o alguien.

-Pero, ten en cuenta que, en esta nueva Vida, a la que vas a pasar, no hay más que enfermedades, odios y maldades. Si alguna vez quieres librarte de estos males, ve al pinar que fue de tus padres en Chañe, súbete a la copa de un pino y, a las cinco de la tarde, cómete un bocadillo de tortilla francesa hecha con dos huevos.

-Gracias por haberte visto en mi caminar, compañero: le dije.

-Daniel de Culla

-